

CONTENIDO

Declaración.

Saludo al Ilmo. Sr. Dr. Manuel
Antonio Arboleda, en nombre
de los Seminarios de Popa-

yán..... R. M. CARRASQUILLA

Antioqueños y su raza..... LUCIO A. RESTREPO

Galería de hijos del Colegio.

Blanco y negro..... COLEGIAL.

Notas bibliográficas.

Plegaria..... JORGE ARTURO DELGADO

La hechicera de Mérida..... TULIO FEBRES CORDERO

REVISTA

DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Bogotá, Agosto 1.º de 1907

DECLARACION

El Ilmo. Sr. Arzobispo de Bogotá nos ha hecho saber privadamente que ha encontrado inexacta é inconveniente una nota bibliográfica publicada en el número 26 de esta REVISTA, y que se refiere á la traducción de *La Vida Cristiana* de Mons. Bougaud. Católicos de corazón, nos sometemos gustosos al juicio del Sr. Arzobispo, y reprobamos la nota precitada. Nuestra única gloria es la de ser hijos sumisos y amantísimos de la Iglesia Católica, y en la fe y obediencia de nuestra madre queremos vivir y morir.

SALUDO

Al Ilustrísimo Señor Doctor Manuel Antonio Arboleda

EN NOMBRE DE LOS SEMINARIOS DE POPAYÁN

Ilustrísimo Señor

Los superiores y alumnos de los Seminarios Mayor y Menor de Popayán me han confiado el encargo tan honroso como inmerecido, de representarlos en la solemnidad de vuestra consagración episcopal, y de ofreceros su respetuoso saludo, sus felicitaciones cordiales.

Idea peregrina semejará que los discípulos, los hijos, los hermanos elijan á un extraño para dirigirse al maestro,

al padre, al compañero; pero si se reflexiona que somos miembros de la Iglesia, una al través del tiempo y el espacio; de la Iglesia que tiene un solo padre, Dios; una cabeza invisible, Jesucristo; un jefe, el Pontífice Romano; común dogma, idéntica moral, un culto mismo, cesará todo motivo de sorpresa.

Entre católicos “no hay distinción, como dice San Pablo, de gentil y judío, de bárbaro y escita, de esclavo y libre, sino que Cristo es todo y está en todos.”

Y, si no hay diferencia entre hombres de pueblos y condiciones diversos, ¿qué ha de haberla entre los ciudadanos de una misma nación, de esta amadísima é indisoluble patria colombiana? El más egregio de los arzobispos de Bogotá fue Manuel José Mosquera, hijo de Popayán; los dos respetables prelados, vuestros inmediatos predecesores, nacieron en la capital de la República.

Explícate así que se eligiera un sacerdote de la Arquidiócesis primada; mas, ¿por qué no preferir á los eclesiásticos preeminentes en ciencia y en virtudes, á los que presiden aquí la educación del clero?

Hoy es día de regocijo para el Cauca; hoy añade esa tierra, “donde todo es grande,” una nueva hoja á la corona de laurel que le ciñe las sienas. Pero no puede rememorar sus triunfos, recordar su historia, sin tropezar con el COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO. En él se educó D. José María Mosquera, el amigo del Libertador, el padre de una familia cuyos anales se confunden con la historia patria durante casi un siglo; allí D. Joaquín de Cayzedo, el primer granadino sacrificado en aras de la patria; en esos claustros aprendió Caldas la sabiduría de boca del insigne sacerdote D. José Celestino Mutis; Camilo Torres adquirió sus grandes y austeras virtudes; se formó Joaquín Mosquera, el primer presidente de Colombia la Grande después del Libertador; José María Cabal reempló el alma para luchar contra el español en cien combates.

Cuando varios de aquellos colegiales fueron sacrificados, pasaron en el Colegio del Rosario las últimas horas de su vida—la noche de capilla—al pie de la imagen de Nuestra Señora, de la Bordadita, como allá la apellidamos, de la misma que invocaron en sus estudios, de la misma que los fortaleció hasta hacerlos rendir la vida por la patria.

El Cauca católico, personificado en los semilleros de su sacerdocio, quiere verse representado el día de hoy por el Colegio del Rosario. Y ¡qué remedio! Tiene que personificar el claustro legendario en el insignificante rector que actualmente lo dirige. El viajero guarda una hoja marchita arrancada á un árbol del suelo donde recibió hospitalidad y cariño.

La culpa de que me haya sentado en la silla rectoral la tienen dos hijos del Cauca: el Dr. Carlos Holguín, que me designó para aquel puesto, y el piadoso y austero Sr. Arzobispo Velasco, que me determinó á aceptarlo.

La guerra de independencia obligó al Seminario de Popayán á suspenderse. En 1823 restauró el local, creó rentas para continuar las tareas y abrió de nuevo los estudios el Intendente del Cauca, entonces Coronel D. José María Ortega y Nariño. ¿No parece providencial que el nieto del cristiano gobernante que reestableció el Seminario de Popayán, sea designado por ese mismo colegio para saldar al más reciente de sus rectores en su elevación á la dignidad arzobispal?

Basta ya de preámbulos. Debo hablaros de lo que sienten los superiores y alumnos de los Seminarios de Popayán. Ellos no me lo han dicho, pero fácil es adivinarlo por los afectos que en mí despiertan los que fueron mis maestros, los que han sido mis compañeros en la ardua labor de la enseñanza.

Si uno no recibiera de sus padres sino la existencia, y no las primeras lecciones que nadie puede reemplazar, debería más á los maestros que á los padres; porque éstos le

habrían dado la vida del cuerpo, aquéllos la del alma. El superior del Seminario fue nuestro preceptor, nuestro guía, nuestro modelo; mérito suyo son los trabajos, los triunfos, los frutos de santificación de sus discípulos. Al maestro se le ama con respeto, con gratitud; y si es tan sabio como lo hemos adivinado en vos, no obstante vuestra modesta discreción; tan firme como se trasluce á través de vuestra suavidad; tan blando como se comprende á pesar de vuestra austera reserva; entonces el cariño de los discípulos debe ser verdaderamente entrañable.

Cuando el seminarista ve á un director así, levantado á dignidad excelsa, mézclanse en su alma dos encontrados afectos: el gozo, el santo orgullo de contemplar la exaltación del que tanto ama; el dolor de perder al padre y al amigo. ¡Felices los que tenemos, como lo tendrán vuestros futuros diocesanos, por prelado y pastor al mismo á quien amaron como director y maestro!

Vuestros hermanos de religión y de magisterio se ufanan noblemente con un sacerdote de su congregación revestido de la plenitud del sacerdocio; acatan como superior en dignidad al que hasta ayer tuvieron por hermano y por súbdito, y esperan confiados grandes bienes, para la Sociedad de la Misión y para los seminarios, de vuestra ciencia y de vuestro celo apostólico.

Los preceptores y discípulos de vuestros seminarios saludan en vuestra sagrada persona al sucesor de los Apóstoles, al jefe de la Diócesis, al maestro de la verdad; se congratulan por vuestra actual elevación, pero aún más por los triunfos que fundamentalmente os auguran. Saben que defenderéis la integridad de fe católica, los fueros de la Iglesia, á costa de todo sacrificio, de toda persecución, de la vida misma, si fuere necesario; saben que, ministro del Salvador, hijo de San Vicente de Paúl, seréis todo caridad para con los extraviados, y dejaréis, si es preciso, las ovejas fieles, para correr tras de la que se había alejado del aprisco.

La nación tiene hambre y sed de paz, de justicia, de progreso. Desde la cumbre del poder, el Presidente de la República ha proclamado la concordia entre los hijos de una misma patria, de una misma Iglesia. Tal ha sido siempre el anhelo de los obispos colombianos. Y todos sabemos que iréis á ser en el Cauca no sólo prelado, sino padre; no sólo preceptor, sino modelo; no sólo la cabeza, sino el corazón de vuestros diocesanos.

R. M. CARRASQUILLA

29 de Junio de 1907.

ANTIOQUEÑOS Y SU RAZA

Varios publicistas se han ocupado en delinear el tipo antioqueño, tratando de pintar, cada cual á su modo, el carácter especial de aquel pueblo provinciano, que sin duda se diferencia en muchos de sus rasgos de sus congéneres de otras regiones.

Enfrente á las dificultades que surgen á primera vista para percibir con claridad las razones de esas diferencias características, algunos escritores se han avanzado hasta querer ver entre esas diferencias una de raza, llegando hasta afirmar, que los antioqueños no son ni de descendencia indígena, ni española, ni negra, ni mezcla de éstas, sino.... judía! Y para llegar á esta singular conclusión no se han tomado la pena de examinar el problema bajo todas sus faces, es decir, cómo lograra ese grupo de judíos, embarcarse clandestinamente en los siglos XVI y XVII, cuando sólo ciertos puertos de España tenían el privilegio de aparejar y enviar escuadras para las Indias, y sólo la gente enganchada bajo especiales condiciones tenía autorización para venir á poblar en las Américas. Luego habría que investigar, bajo el punto de vista etnológico, y filológico si realmente existen los caracteres de raza, de una raza distinta de las que históricamente han venido á poblar en Colombia y en el resto de América.